

campo de carnicería, apenas se pueden distinguir los franceses del enemigo, no reconociéndose muchas veces los combatientes sino hasta después de haber sido heridos. Aquel humo cubre prodigios de heroísmo por ambas partes. Se batían cuerpo á cuerpo, en medio de un siniestro silencio, tan sólo interrumpido por el choque del hierro contra el hierro, por los sordos golpes de los cadáveres que caían y rodaban desde lo alto de los parapetos, y por el inmenso grito de victoria que se elevaba en cada línea de reductos conquistados, cuando los franceses los coronaban con la bandera del batallón. Allí no hubo ni fuga, ni prisioneros; todos los húngaros murieron junto á sus piezas apagadas, y teniendo aún en la mano los pedazos de sus bayonetas y de sus fusiles.

Impelido por el entusiasmo de la carga, Beurnonville galopaba sobre el flanco derecho de los reductos con la masa de su caballería de línea, persiguiendo á la caballería austriaca. Más soldado que general, se adelantaba de sus escuadrones, y forzaba de tiempo en tiempo los últimos pelotones enemigos á volverse para combatir. Rodeado una vez por un escuadrón de coraceros, todos sus ayudantes de campo caen, y él mismo, derribado de su caballo, de que hace un parapeto, se defiende con trabajo del círculo de sables que se dirigen á su pecho. El teniente de gendarmes de caballería Labreteche, seguido de un pelotón de los suyos, antiguos soldados, rompe al galope el escuadrón austriaco, derriba con el pecho de su caballo á los coraceros más próximos á Beurnonville, y le cubre con su cuerpo, herido al momento por cuarenta hojas de sable. Da tiempo á que llegue el escuadrón francés, y salva á su general, ofreciéndose á la muerte por él. Habiéndole conducido inanimado en brazos de sus soldados, Labreteche vivió y combatió todavía.

En el momento en que la columna, acometiendo uno de los reductos, desfilara delante de Dampierre gritando *¡Viva la república!* y como inflamada por un entusiasmo que hacía elástico el suelo bajo los pies de los soldados, el general percibió en medio de los voluntarios un anciano con los cabellos blancos, que lloraba dándose golpes en el pecho. «¿Qué tienes, amigo mío?—le dijo Dampierre.—¿Debe entristecerse un soldado en el momento que se le conduce á la victoria?» «¡Oh hijo mío! ¡oh hijo mío!—se respondió á sí mismo el anciano combatiente.—¡Por qué el pensamiento de la vergüenza acibara para mí un momento tan glorioso!...» Y contó al general que su hijo, enganchado en el primer batallón de París, había desertado de su bandera, y que él había ido al momento á reemplazarle, para dar su vida en cambio del brazo de que la cobardía de su hijo había privado á la nación. Este rasgo, propio de un romano, fué mencionado en las proclamas de Dumouriez á su ejército. Los soldados jóvenes querían ver á aquel veterano que rescataba con su sangre la falta de su hijo, y todos pensaban en su padre al verle.

XVIII

Apénas triunfaba Dumouriez á su derecha, cuando, sin dar tiempo á que la victoria se consolidase en aquel punto, corrió á llevarla al centro, que siempre creía roto y desbandado. Acababa de destacar seis escuadrones de cazadores á las órdenes de Frescheville, y marchaba él mismo á todo escape á la cabeza de aquella caballería, para caer sobre la austriaca del bosque de Flenu, cuando vió llegar á

galope al duque de Montpensier. Este joven príncipe venía á anunciarle la victoria del duque de Chartres. De allí á poco, Thouvenot le participó el triunfo de su ala izquierda en Jemmapes. Dumouriez estrecha en sus brazos á aquellos dos mensajeros de su fortuna. Un grito de victoria que sale del corazón del general y del pequeño grupo de sus oficiales de confianza y de sus amigos, se va aumentando repetido por los escuadrones de Frescheville y corre desde Cuesmes á Jemmapes, de boca en boca, sobre toda la línea de las alturas ocupadas ya por los franceses. Las baterías callan; sólo se oían, cada vez más lejos, los cañonazos de retirada del ejército de Clairfayt y del duque de Sajonia-Teschen, debilitándose á medida que se alejaban. Esta fué la hora más bella de Dumouriez, y también la primera de las grandes glorias militares de Francia: la victoria y el patriotismo acababan de hacer alianza en los llanos de Jemmapes.

XIX

Dumouriez, que quería y podía sacar todo el resultado de esta jornada corriendo al ejército austriaco el camino de Mons y arrojándole á los pantanos del Haine, donde hubiera ahogado y hecho prisioneros sus restos, enviaba ayudantes de campo unos tras otros al general D'Harville. Hemos visto que este general mandaba el ejército de Valenciennes. Había sido colocado por Dumouriez como cuerpo auxiliar y destacado, más bien que en la línea de batalla, en las alturas de Cibly, cerca de los arrabales de Mons. Dumouriez, vencedor, le hacía apresurarse á atravesar con toda precipitación el valle que separa á Cibly del monte Palisel, escalar los tres reductos que cubren aquella altura, y de este modo cerrar el camino de Mons á los austriacos.

La lentitud del general D'Harville, la calma de Clairfayt, la intrepidez de los húngaros, de los tiroleses y de la caballería austriaca, engañaron las esperanzas de Dumouriez. El duque de Sajonia-Teschen y Clairfayt se retiraron lentamente, y amenazando aún, entraron en Mons sin ser perseguidos, y cerraron luego las puertas. La fama de una victoria y un campo de batalla fueron las únicas conquistas de Dumouriez. La fatiga, la falta de municiones, de sangre y de fuerza de un ejército que combatía ó vivaqueaba ya hacía cuatro días, y en fin, la necesidad de alimento, le obligaron á dar dos horas de descanso á las tropas, y se les dió una ración de pan y de aguardiente sobre el campo de batalla. Este alto sobre reductos tomados, sobre mesetas escaladas, sobre villas incendiadas, en medio de moribundos y de muertos, durante el que los cánticos del *Ca ira* y de la *Marsellesa* respondían á los ayes de los heridos, ofrecía á la vista de Dumouriez, que todo lo recorría llevando su caballo al paso, el cuadro de sus pérdidas y de su victoria. Este general era bastante filósofo para deplorar, bastante militar para arrostrar aquel espectáculo, y bastante ambicioso para gozar de él. No había perdido ninguno de sus confidentes ni de sus amigos. Thouvenot, el duque de Chartres, el de Montpensier, Beurnonville, Ferrand, el fiel y valiente Bautista, las dos jóvenes y bellas heroínas Felicidad y Teófila Fernig, le acompañaban á caballo, llorando por los muertos, levantando y consolando á los heridos. Se oía una triple aclamación al acercarse Dumouriez, en el centro de las brigadas, de los regimientos y de los batallones. Ningun herido le reprochaba su sangre; todos los que habían sobrevi-

vido le hacian homenaje de la victoria y de la vida. Las nubes que manchaban el cielo por la mañana, rotas y lanzadas á los dos extremos del horizonte por las descargas de la artillería, dejaban brillar un claro sol de otoño sobre el espacio que cubria el ejército. Espesos copos de humo de pólvora subian aquí y allí por los flancos de las cuevas entre Cuesmes y Jemmapes. Algunas casas incendiadas por las bombas, y algunos matorrales por los cartuchos en el bosque de Flenu, ardian aún. Treinta ó cuarenta piezas de artillería abandonadas con sus cajas de municiones cubrian los reductos. Cuatro mil cadáveres austriacos y húngaros estaban tendidos, rodeados de su sangre, en las faldas ó sobre la extremidad avanzada de la meseta de Jemmapes. Mil doscientos caballos de la artillería ó de la caballería austriaca acababan de espirar, con la cabeza lánguidamente levantada y la brida pasada aún en el brazo de sus jinetes muertos.

El rio Haine y los pantanos que atraviesa presentaban en todas partes grupos de hombres y de caballos que se agitaban en las aguas ó el fango. Dos mil cadáveres franceses y más de dos mil caballos, con el pecho ó el costado heridos de bala de cañón, demostraban el destrozo que habian hecho los reductos de los austriacos en las filas de la artillería y de la caballería francesa que se les habian acercado por la garganta de las cuevas. Escalones de cadáveres marcaban de distancia en distancia los pasos de los batallones y los intervalos dejados por la muerte entre una y otra descarga. Casi todos los golpes que habian herido á los asaltantes eran mortales. Sólo mil doscientos ó mil quinientos heridos de bala ó sable habian sido transportados por sus camaradas á los hospitales de sangre. Los demas habian muerto acribillados por la metralla, ó daban el último suspiro, reconocidos á su general. El entusiasmo que habia animado sus rostros al volar al asalto respiraba aún en sus fisonomías, siendo triunfal su agonía. Murieron contentos, no como soldados inmolados á la ambicion de un general, sino como víctimas ofrecidas por sí mismas, y orgullosos con haber hecho aquel sacrificio á la patria.

Observaron los cirujanos del ejército que el delirio de los que murieron de sus heridas, al dia siguiente ó al otro de la batalla, en los hospitales de Mons era un delirio patriótico, que el movimiento del alma que los habia llevado al combate se prolongaba y sobrevivía hasta en su agonía, y que las últimas palabras que pronunciaban casi todos eran algunas estrofas del himno de Rouget de Lisle, y los nombres de patria y de libertad. El pensamiento de la revolucion se habia personificado en el ejército, y allí se llamaba patria, y si hacía mártires en Paris, hacía héroes en Jemmapes.

XX

Al entrar en su tienda Dumouriez para dar las órdenes del movimiento de avanzar que meditaba, fué detenido por otro cortejo fúnebre. Era el cuerpo del general Drouin, moribundo, á quien sus soldados llevaban en una camilla cubierta con su capa ensangrentada. Responsable del desorden que habia comprometido el centro y cambiado por un momento la victoria en derrota, parecia que Drouin reparaba así heroicamente la falta de sus soldados. Se habia ofrecido á la muerte. Sus camaradas triunfaban, y él iba á morir.

Por parte de los austriacos, los generales, los oficiales y soldados sólo abandonaron los atrincheramientos con la vida. No era sólo Bélgica lo que se disputaban los dos ejércitos, sino la reputacion de dos naciones y el prestigio de la primera batalla. Cada combate fué cuerpo á cuerpo; no se acercaron sino al arma blanca, y casi todos los generales austriacos salieron heridos. El baron de Keim, que mandaba los granaderos húngaros, viéndolos dudosos, se hizo matar delante de sus tropas, para que el espectáculo de su muerte animase á sus granaderos á vengarle.

Eran las cuatro de la tarde, y sólo le quedaba al dia una hora que prestar á los vencedores. El ejército frances se adelantó en masa y ocupó los arrabales de Mons, de donde salieron los austriacos durante la noche, entrando Dumouriez como vencedor al dia siguiente. Su presencia hizo estallar en la poblacion el sentimiento de independencia y de fraternidad que fermentaba bajo los pasos del ejército austriaco en toda Bélgica. Los magistrados y los habitantes saludaron á la victoria y á la revolucion en el general y el ejército; ofrecieron una corona de encina á Dumouriez y otra á Dampierre, á quien los jacobinos de Mons atribuian tambien una parte de la victoria. Dumouriez miró con justa envidia la gloria que se queria dividir entre él y uno de sus tenientes, cuyas operaciones subalternas, segun él decia, habian hecho vacilar la victoria. Esta era enteramente suya, porque la habia preparado, conducido y restablecido ántes y durante el dia. Jemmapes pertenecia á Dumouriez, como la accion pertenece al pensamiento que la ha concebido. Su primera recompensa era vérsela disputar por la envidia, que es la sombra que sigue á los grandes hombres. Hasta la victoria fué amarga para él, y los jacobinos llegaron á serle más odiosos.